



EN PRIMERA FILA

FRANCISCO AYALA

Escritor

El próximo lunes 16 cumple 103 años. Y llega a ellos con la lucidez intacta y la ironía como motor

Su obra, repartida en novela, ensayo y traducciones, es el reflejo de una vida tomada con intensidad

Sus ojos han observado con estupor todo un siglo de acontecimientos de los que guarda memoria

«Ya no celebro los años, los lamento»

ANTONIO LUCAS

A los cinco minutos suena la leve percusión de una pisada corta contra el suelo, paso a paso, y por la puerta que queda a la derecha de este salón aparece, 103 años acuestas —casi 103, que los cumple el próximo 16 de marzo— Francisco Ayala, solo, firme, con una sonrisa cortés, una mano dura de hueso fuerte y la calva como un mapa. Trae la voz alta, un cansancio sosegado y una rebeca de punto impecable. «Me han traído corriendo para llegar puntual... Y como usted comprenderá, a mi edad no me puedo permitir demasiadas urgencias», dice con una sonrisa aún tímida.

Pide una tregua, lo justo para repostar oxígeno. Y poco a poco va desplegando un haz radioactivo de ironía y lucidez. Este señor sentado en la sillita de mimbre duro, de espaldas a la luz, de frente al medio día, publicó su primer libro en 1925, *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*. Entonces era un pimpollo de sombrero bolsalino que entraba en la sagrada cripta del Café Pombo para escuchar a Ramón Gómez de la Serna hacer su papiroflexia de palabras y ese alpinismo tan propio por las cumbres de la extravagancia. «Fue una persona de una magnitud fenomenal. Quizá por eso, siendo yo tan joven entonces, me intimidaba. Veía su grandeza como una limitación. En el fondo era algo soberbio e inseguro. Es más, hacía cosas muy audaces impulsado por esa inseguridad. Pero es la gran figura de las letras de su época. No se puede discutir. Lo admiraré mucho, sí, aunque eso no implica necesariamente fraternalidad ni entendimiento humano».

Esos mismos ojos, ahora algo gastados, vieron aquel festín de cuando la literatura anidaba hasta en las macetas del tranvía de la España devota de Lagartijo. Hoy, sin embargo, ven esto otro de aquí, lo nuestro de ahora. Entre medias, el océano de un siglo. Miles de páginas escritas: novelas, ensayos, memorias... Francisco Ayala tiene una piel plisada de muchos años donde la Historia empalidece y el bigote elegante, *molón*, blanco. Está sostenido por un esqueleto que no se adivina frágil del todo y al que no le hace falta adobarse con friegas de calcio. Él se cura los achaques con un whisky preventivo a media tarde. Otros, que murieron jóvenes, preferían echarse a la boca un par de aspirinas.

-103.



JOSE AYVA

—Lo cierto es que tengo una vitalidad superior a mis deseos. Mi edad ya no es cierta, sino incierta. Lo correcto sería hablar de mi incierta edad. No sé cuándo se terminará, cuándo bajará el telón. Pero el caso es que sigo aquí. Y he vivido intensamente en todos los sentidos. Las he pasado canutas de muchas formas. He sufrido momentos duros, amargos; muy difíciles de llevar... Y sí he sobrevivido a eso, ya estoy prevenido para cualquier cosa. Incluso para las entrevistas.

—¿Cómo los va a celebrar?

—Yo ya no celebro, yo lamento.

—El siglo XX.

—Ha sido catastrófico. Aunque parece que cada siglo es peor que el anterior. Todavía hay posibilidad de superar aquello. No sé hasta dónde podremos llegar así. Y digo podremos porque, a la vista de los acontecimientos, me he prometido no morir antes de los 300 años.

—¿Le interesa el presente?

—Me provoca un profundo horror. El presente es cada vez más presente para mí. Y más asqueroso, en general, para todos.

En el perímetro luminoso de este salón, Francisco Ayala adquiere

una dimensión de extraña inmortalidad. Llena el espacio impecable con una voz grave y esa risita burlesca del que observa desde el rincón del ring donde ya se jugaron todos los combates.

De vez en cuando levanta los ojos hacia las esferas de la luz. Sobre un aparador hay un diccionario de la Real Academia Española abierto por la mitad, como un lechal de palabras. La casa es sosegada, *minimal* desde el flanco de

No habla de oído, como tantos otros que van por ahí lanzando ocurrencias verbales de lo que no saben. Proclamamos de cualquier cosa.

Los años de confección del nazismo le pillaron en Berlín, cuando sólo era un joven flaco de Granada. La instauración de la II República le cogió en Madrid, y se convirtió en letrado de las Cortes. Y el principio de la Guerra Civil le sorprendió de viaje por Sudamérica, donde volvería tres años después para

quedarse en Buenos Aires cuando el republicanismo fue fumigado por los golpistas del «Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!». España tenía entonces el espíritu de una morcilla de sangre.

—El exilio.

—Ahora que miro hacia atrás y aún contemplo con algo de claridad, creo que al exilio le debo todo.

En realidad he sido un exiliado toda mi vida, como si esto fuera en definitiva una condición natural de mi biografía. Incluso desde mis inicios literarios. Siempre he estado en una cierta postura contraria. No pertenezco exactamente a ninguna de las generaciones que coexistieron en el primer tercio del siglo XX. Pero estoy en medio de to-

das. Y eso, creo, ha determinado mi existencia. Digamos que, de esta manera, he estado siempre mirando de costado, con cierta sospecha.

Hay algo en Francisco Ayala de fruto extraño. Es algo más que un superviviente de sí mismo. Un ejemplar único que se mantiene en pie con una alquimia de yogur con miel y unas cuantas risas. Es el resultado de una aleación de compromiso, silencio, humor, escritura, memoria, sentido crítico y un medido candor que derrota, con el siglo a cuestas, en el burladero de una coquetería que a esta hora reparte entre su mujer, Carolyn Richmond, y la periodista Emma Rodríguez.

—La obra.

—Lo malo de la edad que tengo es que uno se da cuenta de que lo escrito y publicado no es actual, no pertenece ya al tiempo en que vive, sino a un pasado remoto. Me encuentro con textos míos ante los que me pregunto: «¿Pero de qué está hablando este hombre?». Aunque luego sé que todo gran escritor o pensador, si realmente lo es, mantiene su tiempo incólume en los libros. Y éste no caduca. Y sólo es suyo y de quien se arriesga a dar el salto a esas páginas, a esa escena. Yo ya no puedo renunciar a lo que he sido, a lo que he dicho... Ni siquiera a lo que he querido, aunque ya no lo quiera.

—¿La edad le hace más escéptico?

—No, no exactamente. Yo nací escéptico del todo. Ésa ha sido mi fuerza y mi debilidad. Nunca creí demasiado en nada. Siempre he estado en la duda, qué le vamos a hacer. Y la mejor forma de manifestar esa duda, o de aprovecharla, ha sido, en mi caso, a través de la escritura. Es la manera en que uno piensa más lentamente, con más reposo. Soy hombre de escritura más que de palabra dicha.

Un vino blanco. Es la hora del vino. El whisky va mejor para la tarde. Ayala observa con atención qué bebe el resto de la tertulia y arquea las cejas si alguno pide agua. «Por favor, el agua para lavarse», dice con una carcajada breve, con algo de ratón malvado. La luz es, a esta hora, una reyerta inmensa.

Ayala lleva en esta casa desde que decidió empezar su regreso a España desde el exilio en Buenos Aires, en Puerto Rico, en EEUU. Empezar el regreso, porque así vuelven los exiliados, en oleadas

Pasa a página 43

emocionales que nunca se cierran del todo. Decía que Ayala lleva en esta casa desde los años 60. Desde entonces, la memoria le ha trabado mucho el corazón por dentro. Eso se aprecia después de un rato, cuando la pausa del vinito ayuda a separar el almíbar del amianto.

Francisco Ayala aún acude algún jueves a las sesiones plenarios de la Real Academia Española, donde ingresó en 1984. Aunque hubo un tiempo en que aquella liturgia filológica le aburría porque sólo escuchaba una trompetería de enfermedades y achaques como si el fin de la raza anidase en el terciopelo de aquellas butacas. «El de la Academia es un ambiente que siempre me ha gustado por lo reaccionario», dice con una risa más grande que las otras. «Allí el tuteo tardó mucho en entrar. Y tampoco estoy muy seguro de que se haya instalado del todo... Ahora fuera de bromas: la Academia tiene varias virtudes. Y entre ellas, el sentido de la cortesía, la consideración a los demás, el respeto... Todo eso lo conserva, si es que conservar sigue siendo hoy una virtud. Me siento muy cómodo allí. Es un reducto de educación».

Al blanco le pega unos sorbos cortos y seguidos. Le han llenado hasta el borde el vaso. Mejor. Pone los ojos a salvo de la luz y paladea. Ayala nunca ha sido un autor muy patrocinado en España. Pero el traspies no le quita intensidad ni rigor a su ancha y plural escritura. Eso se comenta en este salón, pero él hace que no oye. El sello editorial Galaxia Gutenberg tiene en marcha seis volúmenes con sus obras completas, al cuidado de Carolyn Richmond, que es quien mejor conoce su obra. Y mientras el sol redacta el principio de la tarde, Ayala deja un cabo suelto sobre el periodismo.

—Los periodistas están perdiendo su virtud de impertinencia. Además, la prensa de hoy no está bien escrita en general. Imagino que es una consecuencia de que el idioma tampoco esté muy bien hablado.

Ayala, sumando fechas, se ha hecho ya un experto de la vida. Cumple 103 años en breve. 103 años intactos. 103 tacos pisando al caimán del siglo. 103 púas que son desobediencia, un desacato del cuerpo, la rebelión de la sangre. O quizá sólo se trate de una biología con más astucia, de un cumpleaños muy largo. Felicidades.